

LOS MADRILEÑOS

Director: E. Navarro Gonzalvo.

Revista semanal.

Oficina: San Andrés, 33, 1.º Izq.



MADRILEÑERÍAS

—La verdad es que eso de la abstinencia de carne no debía rezar con usted... ni conmigo.

CUENTA CORRIENTE



UANDO ya había cerrado la cuenta del número anterior, recibí una triste noticia, que me produjo grandísima pesadumbre.

Enrique Segovia Rocaberti, amigo queridísimo y antiguo compañero, había fallecido en Pinto, víctima de la cruel dolencia con que venía luchando tenazmente hacía ya mucho tiempo.

Periodista discretísimo, excelente poeta y autor cómico de superior ingenio, Segovia Rocaberti era generalmente estimado, y la noticia de su muerte ha causado grande y verdadero sentimiento.

Cumplido, por mi parte, el triste deber de cargar en la cuenta del año esta nueva y dolorosa partida, abro mi cartera, ansioso de encontrar en ella algunas noticias alegres con que entretener a mis lectores.

¿No les decía yo a ustedes que la calaverada del duquesito de Orleans acabaría por ofrecer asunto para una opereta cómica, y aun les indiqué algunos de los tipos, situaciones y frases de que tenía noticia? Pues si el recurso de que —según dicen— se han valido para sacar el duquesito de la Gendarmería, evitando las manifestaciones de sus partidarios, no us también un recurso de opereta francesa... que venga Pina y lo vea.

A la hora precisamente señalada, un agente de policía salió de la Gendarmería, acompañado de un joven de la estatura del duquesito y vestido como él. Los dos entraron en un coche que partió a escape hacía una de las estaciones de ferrocarril. Aquel joven era una *contrafigura*. El verdadero duque salía poco después con un segundo agente, y en otro coche se dirigía a otra estación.

Me parece que con esto y con lo que ya expuse en uno de los pasados números; con unas cuantas decoraciones pintadas por Amalio, tan notables y de tan brillante efecto como las presentadas en *El Arca de Noé*, hace pocas noches estrenada en la Zarzuela, y con unas cuantas piezas musicales de Chueca, tan alegres, picarrescas y saladas como las que ha puesto en la citada obra, —especialmente el *duo de los tímidos*, que es un prodigio de gracia, digno *pendant* del *de los paraguas*— con todo eso ya podría jurarse que tendríamos opereta para rato.

El duquesito ha sido llevado a la prisión de Claret para cumplir la condena ó esperar el indulto.

—¡Qué lástima! ¡Pobrecito! dirán seguramente las personas compasivas. Pero no hay que apurarse.

El duquesito ha sido instalado en las magníficas habitaciones que en aquella prisión hay dispuestas y amuebladas convenientemente para hospedar a... los inspectores generales. Con que...

—Si me han de prender así... que me prendan, como decía en cierta ocasión un pobre hombre que estaba parado en la plaza de Santa Cruz, frente al ministerio de Ultramar.

Porque sobre las puertas laterales de entrada a dicho Ministerio hay dos lápidas que dicen:

SEÑALADO LA MAGNANIMIDAD DE FELIPE IV ASO DE ROCKING

POR SU MANDADO Y DE SU CONSEJO REAL SE BRINDO ESTA CARCEL DE OMBRE PARA SEGURIDAD Y COMODIDAD DE PRESOS

—¡Ave María Purísima! decía el pobre hombre, leyendo la inscripción y mirando el edificio. ¡Vaya una cárcel, y cuánta gente entra y sale de ella!

Apenas había dicho esto, llegó un magnífico landero, cuyos cocheros llevaban en los sombreros anchos galones y vistosas escarapelas. Paró delante de la puerta central y bajó un caballero envuelto en un elegante gabán de pieles. En aquel momento otro caballero que

CARICATURAS CONTEMPORANEAS



General Chinchilla.

SEUVO CARTÓN GENERAL DE LA ISLA DE CUBA

pasaba le saludó afectuosamente, y le dijo:

—¿Qué es eso, te han traído aquí?

—Sí, me han hecho ministro de Ultramar.

—Pues luego vendré a verte, porque quiero que echemos un párrafo.

—Cuando quieras, aquí me tienes preso todos los días hasta la una.

El pobre hombre se quedó como quien ve visiones.

—¡Ya lo creo! dijo volviendo de su estupor al poco tiempo; ¡ya lo creo que han hecho esta cárcel para comodidad de los presos! ¡Demonio! Los hacen ministros... los traen en coche... reciben a quien quieren... y sólo los tienen presos unas

cuantas horas al día. Pues hombre, si me han de prender así... que me prendan! ¡Que me prendan!

Si hay algún periodista que quiera dejarse prender... no así, sino en la prisión... celular del matrimonio, puede dirigirse a una señorita inglesa que, según he leído, anuncia en los periódicos de Londres su deseo de casarse con un periodista español.

Las condiciones que exige dicha señorita són: No llegar a los treinta años, conocer la lengua de la interesada y estar vacunado en la nariz. Ella, por su parte, ofrece un buen palmito, tres galgos y 90.000 duros.

Lo de los tres galgos me ha hecho muchísima gracia, aunque no sé para qué podrán servir al novio... ni a la

Porque como alguno que yo conozco cogiera los 90.000 duros... ya podía echarles un galgo.

Digo... ¡ya podía echarles los tres! novia.

¡Dichosa ciudad la de Klingerberg en Franconia! dice *El Libertad*, y yo repito al recuerdo de la siguiente noticia, evocado por el de los 90.000 duros de la señorita inglesa.

¡Dichosa ciudad la de Klingerberg!

«Hace pocos días el Municipio de dicha población, que no tiene establecido el impuesto de consumos ni ningún otro arbitrio, distribuyó entre los habitantes la cantidad de 30.000 marcos, correspondiendo 131 marcos a cada uno de aquéllos»

—Eso debía hacer el Ayuntamiento de Madrid, decía un individuo leyendo la noticia.

¿Y para qué queríamos nosotros esos *marcos*? replicó otro, cuyo traje y aspecto delataban miseria, y que sin duda ignoraba que el *marco* es una moneda alemana.

—Pues, hombre, ya se contentaría usted con uno siquiera!

—¡Con un marco... bueno! Pues me serviría para poner en él... el cuadro del hambre.

El mismo día que en aguas de Málaga se iba a pique *San José* (balandra), la Reina Regente firmaba un decreto disponiendo que sea día de fiesta el de *San José*, esposo de Nuestra Señora.

Aunque muchos se atreven a decir que en España no estamos para fiestas, la declaración de esa fiesta nueva demuestra lo contrario.

Hay quien cree que el citado decreto obedece al plan de D. José Luis Albareda para catequizar a D. José López Domínguez y hacerle entrar en la conciliación. Todo es posible.

Sin embargo, por sí el simpático General fuese hombre que se dejara conquistar *haciéndole fiestas*, y esa no basta otra, ahí va una idea. Que por otra parte le conviertan el *Domingo* en *Domingo*, y... ya tiene una fiesta más.

Dejando a un lado las bromas, yo creo que la nueva fiesta de San José está llamada a ser una de las mejores.

Como que debe ser una fiesta de Pepe... y doble W.

FELIPE PÉREZ



De los Parises á los Madriles.

¿PENSAS que hay ya parisiense que se acuerde de Gouffé ni de Gabriela Bompard. Hasta que esta causa criminal se vea ante el Jurado del Sena, la atención de París tiene que interesar-

se en cosas más nuevas.

El duque de Orleans, que vino á ocupar el trono de la actualidad— porque el de Francia parece que está verde para él— ya no inspira tampoco interés, y allá está olvidado en su celda de Clairvaux, mientras el Gobierno le indulta y lo pone en la frontera, que es lo que desde un principio pareceme que debió hacerse con él, de mostrando así mayor habilidad y tacto políticos.

Devoradas estas actualidades de bulto, la *parisiennerie* necesitará nuevo cebo á su curiosidad insaciable y, créanme ustedes, si los acontecimientos no se lo dan, ella se inventará su imprescindible alimento.

Porque esto que llamamos la *parisiennerie* no es sino una gran cantidad de tontería mezclada con muchísimo ingenio; la moda de una aberración, la boga de una extravagancia. Tan pronto un juguete idiota como el cri cri americano, que hace algunos años nos destrozaba el tímpano, como una maravilla cual la torre Eiffel. Hoy un grande hombre como Victor Hugo, mañana un mamarracho como Boulanger, ora un periódico como *La Lanterne*, de Rochefort, en tiempo de Napoleón III, ora el instrumento como el baúl de Gouffé el mes pasado.

París es novelero y necesita cada ocho días algo nuevo que despierte su entusiasmo ó su curiosidad, siquiera sea una palabra que se suelte á todo propósito, venga ó no venga á pelo; hace diez años todo era *chic*, más tarde todo fué *épatant*, hace poco era preciso ser *pehut* ó desertar del boulevard.

Ultimamente había que ser *moderno*; hoy para estar á la altura de las circunstancias, es necesario ser *fin de siècle*.

A los grandes granujas hemos dado en llamarles *struggle for lifeurs* (luchadores por la existencia), y es ya interminable el catálogo de palabras que el boulevard ha inventado para calificar á las rameras. Las que un tiempo fueron *cocottes* y más tarde *horizontales*, y un poco después *momentáneas*, empiezan ya á perder el ingenioso nombre de *degrafées* (desabrochadas) con que últimamente se las designaba, y á tomar otro que marca acaso mayor brutalidad y decadencia en el vicio: ahora se las empieza á llamar *agenouillées* (arrodilladas!).

¡Oh, *parisiennerie*, especie de enfermedad mental que se extiende de pronto, una vez al mes por lo menos, á manera de epidemia aguda, sobre este inmenso hormiguero que, por un exceso de adulación, han dado en llamar sus propios mordedores la ciudad más espiritual del mundo!

—¿Vuestro París? decía una vez Charles Nodier. Debían encerrarlo en Charenton.

Para ser más *fin de siècle* diremos ahora que debían encerrarle en la Salpêtrière, que es el manicomio en boga.

La monomanía parisiense por el momento es el antisemitismo. A ella debe-

mos el eco de diálogos como éste, cogido al vuelo en un restaurant del boulevard:

—¿Ha visto usted? dice uno al amigo que está almorzando con él. El duque de Montpensier deja una fortuna de doscientos millones.

El otro (con rabia):

—¡Oh! ¡Estos judíos!

Esta fiebre de novedad produce al menos frutos provechosos en la literatura.

Hace veinte años decía Dumas hijo:

«Los jóvenes debutan en el mundo con una vieja del brazo, y en la literatura con ideas viejas en la cabeza. Hay que tener ya mucha experiencia para que nos vengan ideas nuevas.»

De esta observación del gran escritor sólo va quedando en pie la primera mitad. En la nueva generación llegan ya muchos con ideas nuevas y la firme voluntad de imponerlas.

Este progreso se nota de día en día en la novela, y vamos estando ya muy lejos de aquella generación que estimaba en tan alto grado á Jorge Sand como á Ponsón du Terrail.

Algunos innovadores han reemplazado ya el estudio de las pasiones por el análisis de las enfermedades. No hay más que siete pecados capitales—para llamar á las pasiones por su verdadero nombre—y, en cambio, pueden citarse hasta ochocientos enfermedades con nombre conocido.

El campo es, pues, mucho más vasto y puede cultivarse con fruto, á condición, naturalmente, de buscar un término medio con talento, á fin de que el lector pueda entregarse á los placeres del libro sin que le resulte en fin de cuentas una simple y amena lección de obstetricia ó de farmacia, como sucede con algunas modernas novelas, hijas de la exageración de escuela y de una mala manera de entender la necesidad de ser *documentario*.

Falta transportar al teatro los progresos empezados á realizar en la novela.

Esto es más difícil, y hasta el presente aquí esa innovación no ha triunfado sino con raras excepciones y en el Teatro Libre. Sin embargo, ya me dicen los periódicos que el teatro de *Variétés* prepara el estreno de una obra en tres actos, titulada *Monsieur Betsy*, de gran crudeza en el asunto y no menores audacias en el diálogo. Las indiscreciones de los periódicos, que tanto sacan de quicio á Sardou, son una hábil preparación para el público, que no podrá llamarse á engaño al asistir á esta primera representación, y sabrá si debe aplaudir la tentativa, abriendo á los autores un camino que les aparte del trillado de segundos actos de *quid pro quo* y desenlaces con boda.

Tendré al corriente del resultado á mis lectores madrileños, que también necesitan, como el pan, abrir nuevos horizontes al arte dramático para que les ofrezca alguna novedad, y no sepa el espectador, desde la segunda escena, con quién se va á casar la dama joven en el tercer acto de la comedia, ó qué marido va á ser descabellado, tras de... burlado, al final del drama.

Para concluir esta *Crónica*, reproduciré una carta *auténtica* que un señor mi amigo ha recibido de una sobrina de provincias, y que ayer me enseñaba todo conmovido:

«Mi queridísimo tío: Te felicito por tu santo y te envío esas morcillas, que te gustarán. El regalo es modesto, pero sale del corazón de tu amantísima sobrina

»ANTONIA.»

Esta sobrina debe tener un excelente corazón. He probado las morcillas, y son exquisitas.

BLASCO.

París 27 Febrero 1890.



—Voy á dar una conferencia en el Ateneo acerca de los callos y uñas gordas, haciendo experiencias con mis propios pies.

Fúgetel

REVISTA CÓMICA DEL MES DE

Retrilla.

¿Véis al escribano cuco, lugarteniente de Uco, que lleva bajo el sobaco el plectro como un trabuco, que usa por pluma un leñero, que golpea al cliente? Aunque se llama decente y se tiene por humano, á aquel á quien da la mano procura clavarle el diente.

¿Véis la mujer melindrosa que se pasma y ruboriza, protesta y escandaliza por la más liviana cosa, de su honor tan cuidadosa que á nadie le abre la puerta? Pues tened por cosa cierta, que mujer tan recatada tendrá la casa cerrada y la virtud entrecubierta.

¿Véis á los beatos, cofrades de docientos cofradías, que cantan sus letanias y tapujan sus maldades? Esos fraguan liviandades en escondidos haramos; atienden sus belenes con que Dios nació en Belén, y en lugar de hacer el bien, lo que procuran son bienes.

¿Véis la que finge rubores en su quebrado color, y muere de mal humor de ver sus malos humores; que es hembra con corredores á fuerza de transitada? Pues mujer tan dosocada, aunque parezca mujer, es un coche de alquiler con la «alquila» levantada.

¿Véis al diputado huero, tormento de la tribuna, que acaso nació sin cupa, y al fin resulta cenoso? Aunque huele á caballero, es un pobre mercader; trafica con el deber, y ha formado su opinión con trazas de cucharón, pues la usa para comer.

¿Véis al comerciante honrado que acumula sus caudales vendiendo en siete mil reales lo que medio le ha costado? Cuanto más acreditado, debe daros más pavor, pues tiene su mostrador una esencia tan maldita, que su crédito, acredita que sabe robar mejor.

RAFAEL TORROMÉ

CHIFLADURAS

¿Cuántas cosas, mi encanto, nos dijimos, sin despegar los labios, aquel mes? ¡Cuántas conversaciones sostuvimos con los ojos, las manos y los pies!

Con el delirio de los quince años de rodillas así, sus pies besé; sobre el satén brillante del zapato trémulo vi la huella de otro pie.

Es el amor como el jazmín; su tallo levemente aspirad, dulces os agrada; mas si estrujáis la flor entre los dientes, como el amor que se envilece, amarga.

Cuando fui de tus labios loco amante, condené muchas veces sus excesos; hoy que estoy de tu lado tan distante me pregunto atarso y delirante: ¿Por qué le ha perdonado tantas besos?

MANUEL ALTOAGUIRRE



LOS TRES SOMBREROS

Calinez, al saber que Pina ha arreglado *Los tres sombreros* de Lara, y que el arreglo está gustando mucho, le ha mandado todas las chisteras viejas que tenía en su casa para que las vaya aprovechando.



ROUGE ET BLEU

—A mi marido le escama la «invención» de estos muchachos, y en cuanto ve un rouge et bleu... se pone azul y encarnado.



POLÍTICA INTERIOR

En la Asamblea republicana de coalición, hubo en Febrero bronca y jarana, y hasta amenazas á Salmorón. Aunque hubo mucho feroz ruido, perdió el final sólo una letra del apellido; pues le decían torionos:—¡Sal!



LA BOFETADA

Gedeón, después de haber visto *La bofetada*, está decidido á hacerse empresario, porque otro afamado autor, cansado de sus impertinencias, le ha ofrecido darle una bofetada... que ni la de Novo y Colson.



BLANCO Y NEGRO

—No he visto la Exposición.
—Pues yo ni verla pretendo. ¡
—Lo blanco á mí no me gusta.
—Y á mí me estorba lo negro.



POLÍTICA EXTERIOR

«Los autores de mis días y los que cuidaron mi niñez, ven con alegrías estas tropelías de mi extraordinaria intropidez. (Parodia del duo de los tímidos, música de Olveca.)»

—¡Jesús qué día! ¡No sé qué hacer! Yo estoy muy malo, yo no estoy bien; yo me suicido si es menester, para zafarme ya de una vez del compromiso fiero y cruel en que me puso la estupidez de hacer dos guñeos—no llegó á tres—á esas vecinas de Lucifer. Vengo molido; traigo los pies hechos pedazos con tal correr. ¡Qué par de padres! Parecen diez.

¿Qué es todo esto? Yo lo diré. Iba á la calle poco después de las visitas de don Miguel, y ese don Bruno de Lucifer, que Dios confunda por siempre, amén, cuando en la puerta los encontré;

«¡Amigo mío!»
«¡Oh qué placer!»
«¡Caro vecino!»
«¿Dónde va usted?»
«Le acompañamos.»
«Esto ha de ser.»

—Señores, gracias, voy solo bien; tengo una cita y es de mujer. «No importa.»—dicen ambos también, con la más grande desfachatez.

Bajo corriendo como un lebrei los escalones de tres entres, y ellos me siguen con rapidez.

Salgo á la calle y en un tropel de vendedores me entremezclé; deshago el grupo me fundo en él por si mis huellas hago perder,

y entre la zambra de aquel burdel tiro á una vieja, deshago un pie á uno que vende sobres, papel, plumas y obleas, y echo á correr.

Cruzo la calle de San Andrés, pero en la esquina me tropecé con el don Bruno y el don Miguel, y allí me paran me estrujan, me soban y dicen;

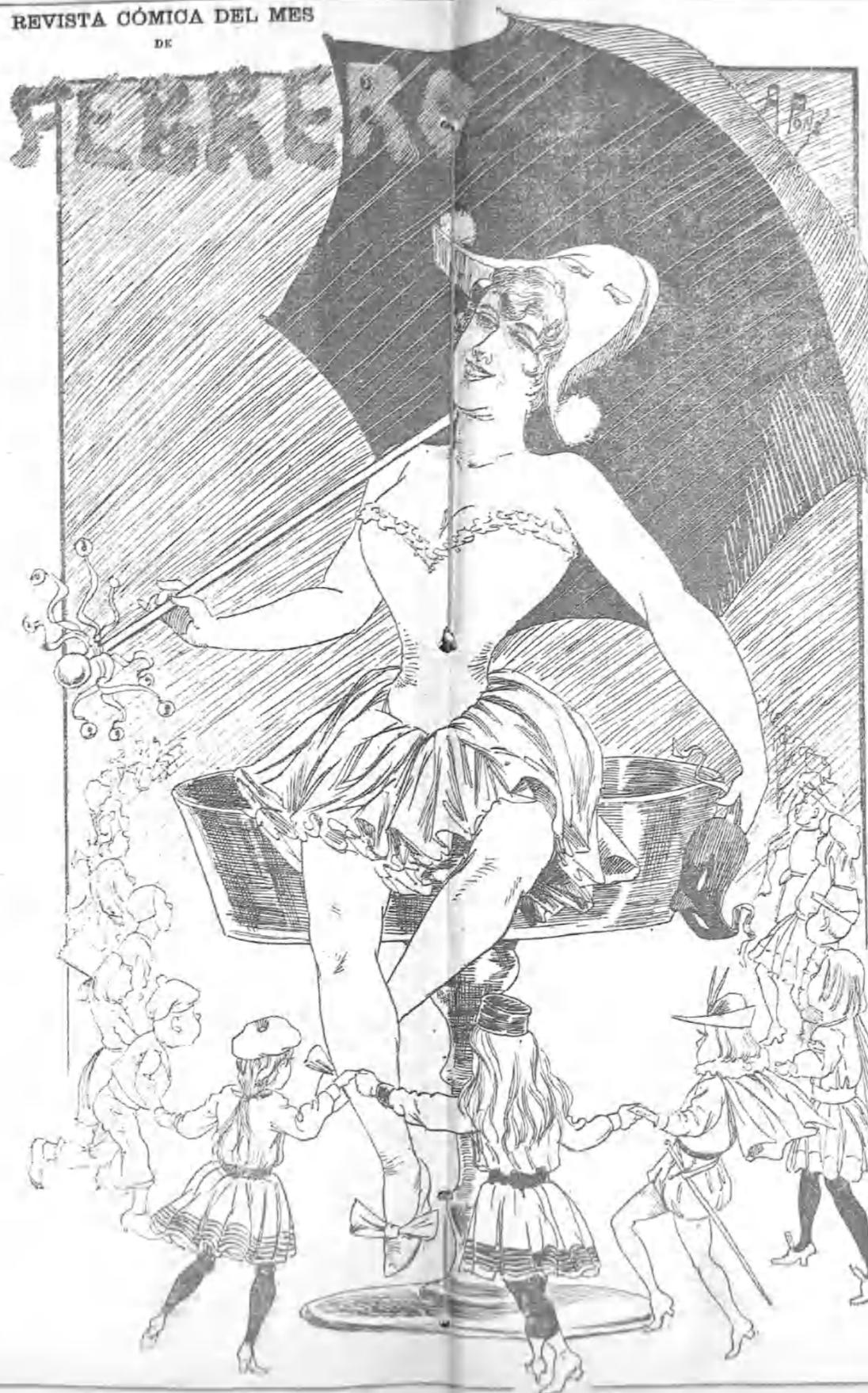
«¡Qué avilantez! de entrambas hijas yo no sé qué. Que si la Clara que hermosa es me adora, y busca mi amante fe. Que la Clotilde

quiere también que un sacerdote, cual la juré, una los lazos de este querer. ¡Y ambos me jurau desinteresé, y ambos me pegan á la pared! «Y usted elija cuál ha de ser, dice don Bruno. Piénselo bien mire que tengo por Aranjuez unos terrenos que la daré como se case dentro de un mes.» y á esto replica mi don Miguel: «Tiene mi Clara...»

«¡Qué ha de tener! grita don Bruno. «Cállese usted, replica el otro lleno de hiel. Clara, en la calle de Lavapiés tiene una casa que edifiqué yo, por el año cuarenta y tres, y yo con ella la dotaré, si usted la adora rendido y fiel.» En vano á gritos hice entender que protestaba—cual protesté—de aquel suplicio rudo y cruel: Ya sin alientos les supliqué un mes de plazo para poder pensar la cosa con madurez, y me negaron también el mes, y ambos cogidos (qué estupidez!) de las solapas de mi chaquet, no me dejaban mover los pies. En tal conflicto no sé qué hacer: ambos me acosan, y «¡Elija usted!» gritan entrambos, sin comprender que son las voces y el ruido aquel en plena calle de San Andrés. De pronto, ¡oh dicha! vi aparecer un par de agentes... ¡Con qué interés favor y amparo pedí á la ley! ¡Socorro, guardias! vociferé.

Suelta don Bruno, quiere correr, tropieza y cae con don Miguel; llegan los guardias, se arma un helén, yo salgo á escape y aquí llegué muerto, rendido, y sin poder decir siquiera: ¡Ya me salvé!

E. NAVARRO GONZALVO





EN RECOLETOS

Me ha engañado el muy perdido
en su porte distinguido
y su lenguaje cortés...
Yo por Marqués le he tenido,
y ha resultado Marqués...
de apellido.

COSAS DE TEATRO

II

Los tres sombreros.

El día en que la *pallida mors* tenga la fatal ventura de acordarse de mi desventurada é insignificante persona, y llegue para mí la temida «hora de las alabanzas» sobre la fría losa de mi tumba podrán grabar todas esas «frases hechas» todos esos «piropos de cajón» que se encuentran en el formulario fúnebre-laudatorio.

«Fué buen padre, buen hijo, buen ciudadano.»

Lo que no podrán escribir en el epitafio de mi sepulcro—suponiendo que yo llegue á tener sepulcro y epitafio—es la consabida frase: «Aquí yace un hombre de feliz memoria.»

Porque yo tengo la memoria más infeliz que pueden mis lectores imaginar.

No consiste la infelicidad de mi memoria en olvidarme de todo, en no recordar nada de lo que miro, oigo ó leo, como sucede á todos ó á casi todos los desmemoriados. No. Mi memoria es aún más infeliz, y por ello soy yo aún más infeliz que mi memoria, porque esta desgracia consiste, por el contrario, en acordarme de todo, absolutamente de todo... menos de lo que quiero ó me importa recordar.

Prometí á mis buenos amigos los editores de *LOS MADRILES* escribir unos cuantos artículos relatando algunas curiosas anécdotas teatrales, y consigné solemnemente mi ofrecimiento, haciéndolo al mismo tiempo á los lectores de esta popular Revista, en el número anterior, como ustedes recordarán, si no tienen tan mala memoria como yo.

El trabajo era, al parecer, sencillísimo. No tenía que hacer más que ir recordando—una por semana—las innumerables cosas de teatro que sé... pero ahí está precisamente el quid de la cuestión.

Al poner manos á la obra, preparar las cuartillas y tomar la pluma, acuden á mi memoria un sin fin de anécdotas... militares, eclesiásticas, *demi-mondaines*, curialescas... pero teatrales... ¡ninguna!

Procuro evocar mis recuerdos apelando á todos los recursos mnemónicos de que suelo valermé en estos casos, y ¡nadat más mi pañuelo, que tiene en cada punta un apretado nudo—porque ni aun este

vulgarísimo y casi siempre ineficaz recurso de utilizar,—é inmediatamente me acuerdo de tres cosas que por el momento no me interesa recordar. Un nudo me trae á la memoria que estamos á fin de mes, porque este *Febrerillo loco* sólo tiene veintiocho días, y conviene acordarse de ello; otro me recuerda que tengo que pagar al casero, y el otro... el otro me recuerda que no tengo dinero para pagarlo.

El cuarto nudo... ¡ah! el cuarto nudo, que es mi salvación, recuérdame que hace pocas noches me contaron una graciosísima anécdota teatral... Pero ¡maldito si me acuerdo ni una palabra siquiera de la tal anécdota!

Esto me ha sucedido muchas veces. En una ocasión me encargó mi patrona que le comprase una corbata de nudo para regalársela á un sobrinito suyo que se había examinado en Junio de latín y



HISTÓRICO

Él.—He leído en un periódico que se ha presentado en los naranjos de Málaga una plaga que se llama *la goma*.

Ella.—¡Ah, sí, la conozco! Es una plaga que ya se había presentado hace tiempo en los salones de Madrid.

había «hecho un examen» tan brillante, que el Tribunal, admirado y no satisfecho con oírlo una sola vez, le obligaba á que lo repitiese en Septiembre.

Para acordarme del encargo de la corbata de nudo, hice un nudo en el pañuelo. No era posible que se me olvidara, ¿verdad?

Pues bien; salí á la calle, saqué el pañuelo, vi el nudo, recordé que de otro nudo se trataba y de «algo» que tenía que comprar, y, después de dar un sin fin de vueltas á mis recuerdos, volví á casa con un ejemplar de *El nudo gordiano*.

¿Ven ustedes lo que les digo?... Me acuerdo perfectamente de todo, menos de aquello que me importa. De la anécdota teatral que quiere recordarme este otro nudo hecho en mi pañuelo.

¿Dónde me la contaron? ¡Qué sé yo! ¿Quién me la contó? ¡Vaya usted á acordarse!

Lo mejor será recorrer esta noche los teatros de Madrid, y ver si de este modo puedo recordar...

Empezaré por el elegante teatro de Lara, donde representan un chistoso arreglo hecho por Pina de la ingeniosísima comedia de Hennequin, *Los tres sombreros*...

¡Los tres sombreros! Veán ustedes lo que es la misteriosa relación de las ideas... Este título me trae á la memoria una graciosa anécdota teatral, que puedo titular *Los tres sombreros*.

Sin perjuicio de procurar acordarme más adelante de la otra, aprovecharé el recuerdo y referiré hoy esta anécdota, antes de que se me olvide.

Ensayaban en París, hace años, una pieza nueva de dos conocidos autores. En una de las principales escenas de la obra, uno de los actores principales debía leer en el forro de un sombrero de copa el nombre de un sombrerero.

Como los comerciantes en Francia saben apreciar la importancia del anuncio, y los autores franceses saben hacer pagar esa importancia, uno de los dos de la obra en cuestión indicó á su sombrerero que el nombre que se diría en escena y pondría en los ejemplares impresos sería el suyo. El sombrerero, reconocido, pagó espléndidamente el ofrecido «reclamo», y el autor puso desde luego el nombre en el ejemplar manuscrito.

Su colaborador, á quien había ocurrido la misma idea y había hecho á su sombrerero igual ofrecimiento, cobrando también una buena suma por el anuncio prometido, al ver que su compañero se había adelantado á poner otro nombre, sin contar con él ni decirle palabra, disimuló su contrariedad y discurrió una «jugarreta»: á fin de salir adelante con su propósito, y de cumplir el compromiso contraído, aunque tuviera que dejar burlado á su compañero.

Púsose de acuerdo con el actor que había de leer el nombre del sombrerero, y convino con él que, al llegar el momento oportuno en la representación, leería el nombre que él le dijera, en sustitución del que estaba escrito en el ejemplar.

La noche del estreno, los dos sombreros, sentados en sus respectivos butacas, esperaban con impaciente emoción que llegase el momento de oír su nombre. El *reclamo* iba á ser magnífico. La obra alcanzaba un éxito asombroso, y el comerciante anunciado en ella participaría de la popularidad que la pieza consiguiese.



EN RECOLETOS

Me mira muy dervetido
aquel señor tan loco...
Le llaman, si no sé mal,
General... ¡Qué buen partido!
Si no es también General...
de apellido.

Llegó el momento indicado: el actor vaciló un momento, y después dijo con resolución un tercer nombre.

Se le había olvidado el nombre que uno de los autores le dijo, y no recordaba el otro, que estaba escrito en el ejemplar. Turbado por aquella inoportuna falta de memoria, no oyó lo que el apuntador le decía; y para salir del paso, lanzó el primer nombre que se le vino a la memoria, el que mejor podía recordar en el momento.

El de su sombrero.
Los dos autores quedaron aturridos y como quien ve visiones; sus dos sombreros salieron del teatro irridadísimos por la burla, y prometiendo furiosos hacer y acontecer.

Al día siguiente, el actor, que había dado á los autores todo género de excusas, al fin, por lo sinceras, creídas y aceptadas, recibió un magnífico sombrero de copa y un «hermoso» billete de mil francos que su sombrero le regalaba, agradecido por aquel importantísimo anuncio que contribuía á su celebridad, y por el cual el actor, «con noble desinterés» nada le había exigido de antemano.

La falta de memoria también es provechosa en ocasiones, como lo demuestra el caso referido.

La mía, desgraciadamente, sólo me ha producido, hasta hoy, disgustos y quebraderos de cabeza... y de sombrero.

Porque ayer olvidé que había puesto el mío sobre una silla, y al sentarme distraído... pueden ustedes figurarse cómo lo dejaría.

TELLO TÉLLEZ.



PACOTILLA

La vi en el baile, en Carnaval, hermosa,
de chula y sin careta,
tan libre, tan locuaz, tan revoltosa,
que perdí la chabeta.

Contagiado á mi vez por su locura,
que rayó en desatino,
enlazando mi brazo á su cintura
me lancé al torbellino.

Después, á cenar juntos... ¡Qué alegría!
¡qué rociar las gargantas!
Y luego, al desputar el nuevo día...
¡corramos siete mantas!

La vi en la calle el jueves, casualmente,
de enlutado aparejo,
y con una humildad tan sorprendente,
que me quedé perplejo.

Dijela yo:—¿Cenamos hoy, Lorenza?
y contestó indignada:
—¡Váyase usted de aquí, poca vergüenza!
¡No respeta usted nada!

—¡Qué cambio! repliqué.
—Yo no he cambiado,
repuso; soy la misma;
pero ya el Carnaval ha terminado
y empezó la Cuarema.

—¿De modo que á cenar no volveremos
dejándome que pase?
—¿Quién ha dicho tal cosa? ¡Cenaremos
el Carnaval que viene!

—¿Antes no?
—Lo prohíbe mi cruzcita,
mi Religión...
—¡Atíza!

—¡Los pasados son días de licencia
que borra la ceniza!

De estar resacas tan encantadoras
ni actor fui, ni testigo;
¡pero hay obivas que son muy resacas,
y piensan como digo!

Se queja un individuo de que una carta enviada por el correo desde Noblejas á Villarrubia, distante seis kilómetros, ha tardado en llegar ocho días, después de haber pasado por las Administraciones de Madrid y de Cuenca.

Esto último lo debía de omitir el interesado.

Porque se expone á que diga Mansé:
—¡Hola, hola! ¿Conque ha recorrido la carta más kilómetros que los que la correspondían?

¡Pues que pague doble!

— Dos amantes ¡Dios loao!
que llegaron á Bilbao
desde Estella,
fueron presos fatalmente
por instancias de un pariente
de la... ella.

— No se dan más pormenores
acerca de estos amores
desgraciados,
pues siempre en tales asuntos
suele haber algunos puntos...
¡delicados!

Leo que en Londres se ha fundado un club para protestar contra la superstición del núm. 13.

Habrán un banquete cada mes, y se celebrará el día 13, sentándose á la mesa 13 comensales, y componiéndose el menú de 13 platos.

A los postres se pronunciarán 13 brindis. No dice más la noticia.

Así es que yo, como soy deficiente la cosa.

Me parece que debería acordar además que los brindis constaran precisamente de 13 palabras, y que los comensales bebieran 13 veces en cada vino y otras 13 veces de cada licor.

Esto último lo me mandaba yo de mucha importancia, porque si no lo fueran serían trece las moscas.

— ¿Cómo le hizo el padre esta pregunta:
—Usted, como buen católico,
¿habrá comprado la bula?
—¡Qué! ¿y cómo la necesito.
—¿Cómo que no dijo el cura.
—¡Claro! ¿Para qué la quiero
si no como curia usuca?

De ole...
A un sujeto que había pocas horas que había llegado á la Coruña, le birlaron el otro día 1.000 reales.

Y además el billete de vuelta por el ferrocarril del Norte.

Supongo yo que el robado le diría al ladrón, al ver que se llevaba el billete:
—¡Hombré, ya que va usted á mi pueblo, dé nsté expresiones á mi familia!

El patio de la casa en que yo habito fué ayer teatro de una escena horrible, de un estrepito inaudito para cualquier espíritu sensible. Un gato y una gata muy cordiales hallábanse en coloquio dulce y tierno sobre la gran montera de cristales que sirve de paraguas en invierno; y no sé si fué el gato ó fué la gata quien, metiendo la pata, rompió un cristal, causando una abertura, yayeron los dos desde la altura.
¡Catástrofe horrorosa, espeluznante! Muerta quedó la gata sobre el suelo, y el gato, herido, al ver así á su amante, mayaba sin consuelo.
Acudió el vecindario, y un vecino que llegaba á tal punto del Casino, preguntó á una vecina:
—¿Por qué manilla tanto ese miñaco?
A lo cual ella contestó muy fina:
—¡Pues porque se ha quedado sin miñaco!

He visto anunciada la vacante de una plaza de médico de un pueblo de la provincia de Valladolid.

Es una plaza de oro. Ofrecen al que la desempeñe una dotación de quince pesetas anuales.

¡No se habrán puesta ya en juego pocas influencias!

— ¡Cada mes cinco reales!
— ¡Dios, qué soldada!
— ¡Así hay tantas fortunas improvisadas!

Leo que un individuo ha dado un palo en la cabeza al archivero de Hacienda de Sevilla.

— ¡Le dió un palo! Se coneibe.
— ¡Será para que lo archive!

En un pueblo de la provincia de Málaga va á celebrarse, por fin, un matrimonio.

Digo por fin, porque los futuros cónyuges se han estado estudiando mutuamente, en relaciones amorosas, durante veintiseis años.

¡Vamos, que no han querido obrar de ligero!

Ella, la señorita, tiene ahora setenta y siete años cabales, y el señorito ochenta y dos.

¡Ahí tienen ustedes una luna de miel verdaderamente envidiable!

¡Porque será una miel... sin moscas!

— Ha habido un temblor de tierra en Málaga el otro día.
— ¡Cuando Cánovas perora hasta su pueblo tiritita!

JOSÉ ESTRASÍ



LIBROS NUEVOS

Por Francia y por Alemania se titula el último libro de la infatigable escritora doña Emilia Pardo Bazán. Lo hemos leído con verdadero deleite, y al final hemos sentido que no tuviera otras 300 páginas más. Comprenlo ustedes, y verán como no exageramos. Precio: 1'50 ptas.

La acreditadísima casa editorial de I. López, de Barcelona nos ha remitido las obras siguientes, que acaba de poner á la venta.

Trata de blancas, novela social, por Eugenio Antonio Flores. Un elegante volumen en 8.º, con ilustraciones de Gómez Soler y cubierta al cromo, 3 pesetas.

Romanos de corte y villa, por Francisco Gras y Elias; ilustraciones de Diéguez, Gómez Soler y Vázquez. Un lujoso tomo con cubierta en colores, 2'50 pesetas.

Poesía del porvenir, por Francisco Salazar, con una carta-prólogo de D. Francisco Pi y Margall, numerosas ilustraciones de Gómez Soler y cubierta al cromo de M. Moliné. Este libro está llamado á suscitar grandes polémicas entre los críticos, y viene á afirmar la reputación que ya tenía conquistada su autor en otras publicaciones.

Felicitemos al Sr. López por el acierto y buen gusto que ha demostrado en la publicación de estos libros, que muy pronto tendrá que reimprimir.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES
Número corriente, 15 céntos. Atrasado, 25.
Madrid y provincias: Un año, 9 ptas.
Siete meses, 5.

Ultramar y Extranjero: Año, 15 ptas.
Se publica los sábados. Pago adelantado.
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

ARTICULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro** y **Diplomas de honor**.

Venta diaria: 7.000 KILOS

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exijase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera, 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

SOBRINOS DE GUINEA

GRAN CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Carretas, 27 y 29.

Dulces, bombones, ramilletes, tartas—Veinte clases de caramelos especiales de la Casa.

Caprichos para bodas y bautizos.

Jamones en dulces de todas clases, salchichones, etc.—Vinos finos.

Pasteles á 1,50 pesetas la docena.

Teléfono 119.

PINILLOS

Caras inglesas. Colchones de muelles y de lana.

Primera casa en España.

Precios sin competencia.—Clases sin rival.

ALCALÁ, 17

(Frente á Fornos.)

DINERO por ALHAJAS ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

NO EQUIVOCARSE

Esquina á la calle de Jardines.

Pastillas y píldoras

azoadas,

para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis.

A media y una peseta la caja
Van por correo.

Café nervino medicinal

Maravilloso para dolores de cabeza, migrañas, epilepsia, parálisis, debilidad.

A 3 y 5 pesetas cajas
Van por correo.

Píldoras Lourdes.

Es el mejor purgante anti-bilioso y depurativo.

A una peseta la caja.
Van por correo.

Impotencia, debilidad

Cura segura con las célebres píldoras tónico genitales del Dr. Morales.

A 7,50 pesetas la caja.
Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.—Depósito general: Carretas, 39.—Dr. MORALES

LEJÍA FENIX

PARA EL LAVADO Y FREGADO

Medalla de plata en la Exposición de Barcelona de 1888.

Único premio concedido hasta el día á las lejías.

Pedido en todas partes.

Treinta y cinco céntimos paquete de medio kilo.

Sucursal: Plaza de San Nicolás, 6, 1.º

LA ESPAÑOLA

Gran Fábrica de Chocolates

Pedir siempre esta marca, la más acreditada de España, por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS, 38

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

Rothschild

El mejor papel de fumar con borde engomado.

Evita las irritaciones de garganta. Fabricación francesa.

Por menor: Hortaleza, 1, litografía.

Por mayor: C. Rebullida, Carmen, 35.

Máquinas automáticas

para la venta automática de objetos varios, mediante una moneda de

10 céntimos.

para teatros, paseos y sitios públicos.

Representación exclusiva para España:

Agencia de publicidad: Montera, 51.

ANUNCIOS

para esta plana y en los teatros de

Apolo, Martín é Infantil,

Agencia de publicidad,

51, MONTERA, 51

E. FERRERA

41, Carretas, 41.

GRABADOR, Y FÁBRICA DE SELLOS EN CAUTCHUC

Primera casa en España.

Numeradores, perforadores, prensas para taladrar cupones, imprentillas á mano, tenazas y plomos de precintar, tintas, etc.

41, Carretas, 41.

Sellos de cautchuc.

Todo lo más perfecto, nuevo y económico.

Se sirven las órdenes de provincias.

Agencia de publicidad,

51, Montera, 51.

Disponible.

Disponible.